

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS

63-64-65

ENERO-DICIEMBRE

1957

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. NABOR CARRILLO

Secretario General:

DR. EFRÉN C. DEL POZO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. FRANCISCO LARROYO

Secretario:

MTRO. JUAN HERNÁNDEZ LUNA

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. A. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

DIRECTOR:

Francisco Larroyo

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ciudad Universitaria
Torre de Humanidades, San Angel, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$ 15.00
Exterior	Dls. 2.50
Número suelto	\$ 4.00
Número atrasado	\$ 5.00

Sumario

ARTICULOS		Págs.
Francisco Larroyo	<i>Tipos históricos de filosofar en América durante la época colonial.</i>	13
Dr. Oswaldo Robles	<i>Comentario al Libro III del alma de Fray Alonso de la Vera Cruz.</i>	29
Emilio Uranga	<i>La crítica de Marx a Hegel.</i>	43
Luis Cernuda	<i>William Wordsworth</i>	55
Oliver A. Johnson	<i>La necesidad del valor en un mundo de hechos.</i>	71
Dra. Paula Gómez Alonzo	<i>Nicolás Maquiavelo.</i>	81
Rosa Krauze de Kolteniuk	<i>Antonio Caso y el positivismo</i>	113
Angel Ma. Garibay K.	<i>La Universidad y el Pueblo.</i>	130
Dr. José M. Gallegos Roca-full	<i>La Universidad y la reconquista de la unidad humana</i>	145
Juan Manuel Terán Mata	<i>La reforma de las profesiones liberales</i>	159

	Págs.
Luis Recaséns Siches	<i>El humanismo de Alfonso Reyes</i> 165
Juan A. Ortega y Medina	<i>El sentido de la pugna angloespañola por el dominio oceánico en el siglo XVI</i> 173
Gregorio López López	<i>La Guelagueza</i> 221
Amancio Bolaño e Isla	<i>El ser y el poder ser</i> 229
Pedro De Alba	<i>Oración por Gabriela Mistral</i> 239
Julio Jiménez Rueda	<i>Don Marcelino Menéndez Pelayo y los heterodoxos españoles</i> 245
Sergio Fernández	<i>El tercer camino de Enrique Gil Gilbert</i> 255
Sara Bolaño	<i>Wenceslao Fernández Flórez y algunos aspectos de su obra</i> 267
Teresa Aveyra Arroyo de Anda	<i>El sentido de lo añoso y de lo nuevo en la poesía de Antonio Machado</i> 279

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Inéz Vargas de Núñez	<i>Iqbal's Educational Philosophy</i> (Saiyidain K. G.) 309
Pedro De Alba	<i>Francisco I. Madero: Apostle of Mexican Democracy</i> (R. Ross Stanley) 313

	Págs.
Agustín Millares Carlo	<i>Misiones argentinas en los archivos europeos</i> (Raúl R. Molina) 315
Agustín Millares Carlo	<i>La imprenta de Guayaquil independiente</i> (1821-1822). (Abel Romeo Castillo) 318
Wonfilio Trejo	<i>Lógica formal y lógica dialéctica</i> (Henri Lefebvre) 319
Inéz Vargas de Núñez	<i>El sexo en los sentimientos de inferioridad</i> (Efigenia Frangos) 325
Elsa Hernández Cruz	<i>Historia de la Revolución Mexicana (la etapa precursora)</i> . (Florencio Barrera Fuentes) 328
Bonifacio Fernández Aldama	<i>La Política Internacional de la Revolución Constitucionalista</i> . (Eduardo Luquín) 332
Josefina Zoraida Vázquez	<i>La Invención de América. El Universalismo de la Cultura de Occidente</i> (Edmundo O'Gorman) 335
Edmundo Félix Escobar Peñaloza	<i>La Filosofía Americana. Su razón y su sinrazón de ser</i> (Francisco Larroyo) 338
Roberto Andrade Echauri	<i>La Filosofía en la Universidad</i> (José Gaos) 339
Mtro. J. Hernández Luna	Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras 343

ORACION POR GABRIELA MISTRAL

En 1947 celebramos en la Universidad de Chile una velada para conmemorar el centenario del natalicio de don Justo Sierra, maestro que inició la nueva era de la Universidad de México.

Estuvieron reunidos ahí estudiantes y profesores universitarios de Santiago, en unión de los dirigentes del Instituto Chileno-Mexicano de Cultura, los diplomáticos de México acreditados en aquel país y los mexicanos residentes en Chile.

En esta fecha nos reunimos en el Auditorio de Filosofía y Letras de nuestra Ciudad Universitaria para honrar la memoria de Gabriela Mistral, fallecida hace cuatro meses en la ciudad de Nueva York. Una y otra conmemoración se ven revestidas de un alto significado: son como expresión del entendimiento cordial entre Chile y México, bajo el signo de las luces y las sombras de acontecimientos históricos, que unen en la alegría o en el dolor a la intelectualidad de los dos países.

El señor Rector, el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras y otras autoridades de nuestra Universidad, así como profesores y estudiantes de nuestra casa de estudios, dan con su presencia un alto rango a este acto en el que estamos reunidos con el noble propósito de presentar el homenaje de los universitarios mexicanos a la altísima Gabriela Mistral, recientemente fallecida.

La Universidad Autónoma de México viste de luto por la muerte de Gabriela Mistral. Este acto que hoy se celebra, es como una prolongación del minuto de silencio que se guardó en su Consejo Universitario, el día de su fallecimiento. Están reunidos aquí los universitarios de varias generaciones, a los que identifica una misma pena.

La humilde maestra de Temuco, del Valle de Elqui y de los Andes, era dueña del tesoro intelectual que llamamos imaginación creadora; ella,

que tanto gustó de las canciones de cuna y de los cuentos infantiles, llevaba dentro de sí la llama de la simpatía universal. Con su sabiduría creó un mundo de belleza y de amor para que en él vivieran los niños y los adultos, los desheredados y los poderosos que pueblan nuestra América. América fue su culto y su preocupación; ella fue aglutinante de voluntades y mensajera de la buena nueva.

En esta ceremonia la evocamos en sus buenas obras y en su tarea constante para fortalecer la amistad entre Chile y México. Parece como si en este acto estuvieran presentes don Justo Sierra y don Antonio Caso, universitarios mexicanos con temperamento de poetas y que bajo la invocación de Gabriela saludaran al través del tiempo y la distancia a don Victorino Lastarria y don Valentín Letellier, maestros y rectores insignes de la Universidad de Chile. Unos y otros infundieron el soplo de renovación y despertaron las inquietudes de las nuevas universidades, en cuyo ambiente se descubre el afán de servir a sus pueblos y de mantener la cultura propia que sirve de base al pensamiento universal.

Gabriela fue catedrática de varias universidades de América en las que recibió títulos honoríficos y al ser consagrada con el Premio Nobel, pasó lista entre los inmortales de las letras; todos esos honores los aceptó con aquella recatada sencillez que era propia de su carácter.

En nuestro país ejerció un triple magisterio: el de la poesía, el de la amistad y el de la humilde lección de las escuelas indígenas. Alguna vez decíamos a una entrañable amiga nuestra que Gabriela tenía "don de presencia", después de meditar unos momentos, nos respondió: Gabriela tiene, no solamente don de presencia, sino una virtud trascendente que llega más allá del mundo que la rodea.

Esa influencia bienhechora la ejerció en México: los escritores, los maestros y los artistas que frecuentaron su trato, le debieron enseñanzas directas; su conversación más sencilla era fuente de saber y clave para descubrir los caminos del bien. Alimentó, además, la corriente espiritual que alcanza a la generación de intelectuales de la década del 20 al 30, que ha sido de las fecundas en la historia de las letras mexicanas.

La obra de Gabriela en México fue estimulante para las grandes hazañas del espíritu. Educadores y poetas la seguían y la mujer intelectual de nuestro país encontró en ella un ejemplo de sencillez y de grandeza que tuvo un tono de alta feminidad.

La permanencia de Gabriela en México fue un acontecimiento de los que dejan su *simiente* y su *huella*. Se le veía como un ser dotado de clarividencia; se le consultaban problemas de arte, de letras y de educación, y ella encontraba la palabra certera y diáfana para contestar todas las preguntas.

Cuando se retiró a su modesta casa de Mixcoac, a fin de poner en orden el material de su libro *Lecturas para Mujeres* y entregarse a su creación poética, allá iban en peregrinación las mujeres intelectuales de México, que buscaban su opinión o su consejo sobre múltiples temas de arte, de pedagogía o acción política, aunque ella declarara que de esto último no entendía. En esa casa de Mixcoac nació la amistad de Palma Guillén con Gabriela Mistral. Palma habría de ser para ella luz en su camino, compañía en su soledad y consejera en tiempos de buena y de mala fortuna.

A sus amigos y a sus benefactores correspondía Gabriela entregándoles los dones de su espíritu. Su libro *Tala*, ostenta en su primera página esta dedicatoria: "A Palma Guillén y en ella a la piedad de la mujer mexicana". El desbordamiento de simpatía para México lo vacía en poemas de entrañable devoción para su paisaje, para sus mujeres y para sus niños. En su obra *Ternura*, escrita pocos años después de su estancia en nuestra tierra, encuentra el lector versos dedicados a Adela Formoso de Obregón, a Paula Alegría y a Amalia Castillo Ledón, *Ternura* fue concebida en la época más tranquila de las andanzas terrenales de Gabriela; su ritornello era la maternidad y el tema dominante: el niño. Las canciones de cuna, rondas y jugarretas aparecen en sus páginas como una ofrenda de su temperamento maternal; difícilmente podrá encontrarse en la literatura castellana, de este o del otro lado del Atlántico, una expresión más limpia y entrañable de amor para los niños que aquella que brota del corazón de Gabriela en su época de plenitud.

Nuestro Ramón López Velarde escribió alguna vez que su obra maestra era el hijo que no había tenido; Gabriela fue en esa dirección la antítesis de López Velarde y el polo opuesto del celibulario, que tenía miedo de echar a andar un corazón.

Gabriela le da tono místico y trascendencia humana a la maternidad y para ella el hecho de haber tenido un hijo, hubiera calmado todas sus ambiciones de artista y de mujer. Se refugió en la maternidad espiritual y con ella cubre a todos los niños del globo, reservándole al "niño mexicano" un lugar muy cercano a su corazón cuando dice:

“En mis rodillas parece flecha caída del arco”...

En ese poema Gabriela respira a plenos pulmones el aire de México y vive en una decoración quimérica y luminosa. “Estoy en donde no estoy (nos dice)

en el Anáhuac plateado
y en su luz como no hay otra
peino a un niño de mis manos.
Lo alimento con un ritmo
y él me nutre de algún bálsamo,
que es bálsamo del Maya,
del que a mí me despojaron...

Esta nostalgia de nuestra América indígena acompañó a Gabriela en sus andanzas por el ancho mundo. Alguna vez nos refería que su padre llevaba una marca que heredó de los araucanos y que su propensión a viajar era herencia de él, que siempre fue un “trotamundos”.

En el libro *Tala* encontramos su poema “Beber”, en que dice:

En el campo de Mitla, un día
de cigarras, de sol, de marcha,
me doblé a un pozo y vino un indio
a sostenerme sobre el agua,
y mi cabeza como un fruto,
estaba dentro de sus palmas.
Bebía yo lo que bebía,
que era cara de mi cara
y en un relámpago yo supe,
carne de Mitla ser mi casta...

En ese espejo transeúnte de un pozo al aire libre, Gabriela fundió su cara como si fuera un medallón de bronce, con la de un indio de Oaxaca, en un rito fraternal y en el ansia de saciar la sed del caminante.

La fidelidad de Gabriela para el indígena de América se nutre en la historia de la época precortesiana y se identifica con México, porque nosotros le hemos dado un valor y un lugar a las culturas primitivas que han formado nuestra fisonomía histórica. “En México, la tradición indígena se ha conservado con orgullo” —ha dicho Jean Cassou en alguna de sus páginas dedicadas a Alfonso Reyes—; juicio exacto que da la clave de nuestra personalidad internacional.

ORACION POR GABRIELA MISTRAL

A Gabriela le interesaban más los países de nuestro Continente matizados de indígena, que aquellos que blasonan de pura sangre importada de Europa, a los que solía llamar con cierto buen humor: "repúblicas blanquitas".

La devoción por Chile, su tierra natal, se le descubre en su palabra con acento andino que nunca perdió; en la fidelidad a su gente y en las dedicatorias de algunas de sus obras. *Desolación*, su primer libro formal, fue una ofrenda a don Pedro Aguirre Cerda y a su esposa, en reconocimiento a lo que de ellos aprendió y a los bienes que le habían dispensado.

Nunca fue sectaria ni quiso fomentar barricadas entre sus contrarios; ella era consciente de su misión de concordia y de su papel de unificadora. Amiga de radicales, como Aguirre Cerda y don Marcial Mora; y de conservadores, de la talla y prestigio de don Miguel Cruchaga, a quien tanto se estima en México; frecuentó trato amistoso con el prócer del liberalismo, don Arturo Alessandri, y con el socialista don Carlos Dávila, de quien recibió fraternal hospitalidad. Ella quiso ser sembradora de sentimientos amistosos, no solamente entre sus compatriotas, sino también entre todos los pueblos de América.

A las escritoras de su país y a las de todo el Continente, las envuelve en simpatía fraternal. A nuestra María Enriqueta la consideraba como depositaria de la herencia de Sor Juana Inés de la Cruz; a Alfonsina Storni, a Juana de Ibarborou, a Delmira Agustini, les dedicó tierna y rendida amistad; tanto como a Victoria Ocampo, la argentina, y a Victoria Kent y Rafaela Ortega, las españolas castizas. Su sangre mestiza de vasco, como ella misma la llama, le hierve en sus venas cuando habla en una nota de "Tala": "De no tener otra cosa que dar a los niños españoles dispersos a los cuatro vientos, del mundo" y les entrega a los niños vascos los productos de su obra, como una dádiva maternal y una protesta por el martirio que les impusieron los enemigos de la República.

Gabriela hizo honor siempre a su prosapia artística y a su alcurnia moral; nunca abrigó malevolencias, envidias o resentimientos; a todas las escritoras de América y Europa las abarca con entrañable compañerismo.

Para las escritoras chilenas siempre fue maternal y celebró sus triunfos y sus aciertos como si hubieran sido propios. Gabriela era como un espejo fiel de su tierra y un símbolo de la alta jerarquía intelectual de la mujer chilena.

Quiénes conocen de cerca aquel país, descubren con asombro la influencia que ejercen las mujeres en la literatura, en la política, en la educación y en la lucha social de Chile. Viven y trabajan por allá mujeres que lo mismo escriben poesía pura, como María Monvel, que novelas histórico-sociales, como Magdalena Petit, que ensayistas sobre temas campesinos e indígenas, como Martha Brunnet. Las grandes escritoras chilenas tienen, como Gabriela, el amor a la tradición indígena, todas ellas recuerdan con amor a los araucanos, sin perjuicio de que conserven intacta su filiación mestiza de vascos, franceses o alemanes. El araucano es un hilo conductor de la chilenidad y se conserva la veneración filial para los guerreros que defendieron su tierra en la época de la Conquista.

Esta fidelidad a la tradición indígena es un factor de acercamiento entre México y Chile; tales raíces lejanas y ese común temperamento, hicieron que Gabriela se acomodara en nuestro país como en su propia casa. Los mexicanos hemos rendido tributo a Gabriela con trémula y recóndita emoción; los que la conocimos aquí y los que apenas oyeron hablar de su paso entre nosotros; quienes aprovechamos la diaria lección de su trato y quienes leían las primicias de sus obras, todos nos hemos identificado en un mismo dolor.

Desprendiéndome de la emoción colectiva, me refugio en mi devoción personal para ella. La tengo presente en su casita de Mixcoac, en donde solía visitarla hace más de treinta años; en su residencia de la ciudad Lineal en Madrid, cuando nos acomodábamos en torno a su mesa para oír sus palabras sobre los problemas de España; allí comenzó nuestra amistad con Victoria Kent; en Lisboa, donde me brindara hospitalidad, vivía en compañía de la puertorriqueña Conni Saleva, en una espaciosa casa, desde la que se veía el jardín de plantas, lugar en donde ella gustaba escribir, a la sombra de árboles frondosos.

Gran conversadora era Gabriela; sus charlas nocturnas, después de la sobremesa, se prolongaban hasta las horas de la madrugada; México era el tema de nuestras prolongadas conversaciones. Quería saber de sus amigos de acá; de José Vasconcelos, de Alfonso Reyes, de Carlos Pellicer y de Andrés Bello, y de sus escuelas rurales y de la sierra de Puebla, donde había conocido a Lolita Arriaga.

Después de que recibió el Premio Nobel, fué invitada a Italia, a Francia y a Austria, países de la más alta prosapia histórica y cultural, en los que se le rindieron homenajes; en su persona, se honró a la mujer intelectual de América.

Ella vio de cerca los estragos de la postguerra, la angustia moral y la desnutrición física de los habitantes de aquellos países. Se sintió sacudida de emoción maternal para los niños de Italia, de Francia y de Austria y cuando en esa misma época visitó los Estados Unidos del Norte, emprendió en Washington una cruzada fecunda en favor de los niños hambrientos y desvalidos de Europa.

En Washington fue recibida con júbilo por las escritoras norteamericanas que veían en ella la consagración y el triunfo de una mujer de América. Fue desde entonces que Gabriela pensó radicarse en los Estados Unidos, como en un remanso para sus fatigas terrenales. El destino se volvió adverso para ella; fue perdiendo uno a uno a los seres más entrañables y se fue quedando sola, con su gloria fulgurante y sus opacos recuerdos. El título de su primer libro vino a ser como la cifra de su escudo: "Desolación" por todas partes la soledad en torno a su vida; amargo dolor y pérdida de su salud en los últimos tiempos.

Llamó a Palma Guillén, como en todas sus graves crisis; infortunadamente, la grande y única amiga no pudo acompañarla porque la retenían en México obligaciones categóricas. Se apagó su vida en los Estados Unidos del Norte, tierra que fue piadosa para ella y en sus últimas horas tuvo en la mente el nombre de su amiga de México, en la que ella había encontrado el apoyo de su fortaleza moral y la luz de la inteligencia bienhechora.

Se cumplió en su propia persona la ilusión de sus juegos de niña cuando decía: "Todas íbamos a ser reinas"; ella fue reina de las tierras, de los mares y del espacio infinito de todo el Continente americano, sus restos volaron por los aires y sus cenizas recibieron en Chile honores heroicos como reina de la belleza y de la sabiduría.

Hubo en Gabriela Mistral una marca de misteriosa predestinación. Caminaba por el mundo con su andar pausado y su vista fija en la distancia; su palabra era lenta y persuasiva y aunque no se lo propusiera, ella parecía el centro en las reuniones literarias o en las discusiones apasionantes; este don se lo reconocieron aun aquellos que apenas la trataron de paso. El gran escritor francés Max Daireaux, hizo esta penetrante observación sobre Gabriela: "Su influencia no es exclusivamente una influencia literaria, sino que trasciende al hombre en su integridad, es una influencia moral que se hace sentir misteriosamente sobre las inteligencias y los corazones. Su influencia es de un origen tan misterioso, que

P E D R O D E A L B A

la sienten hasta los que no la conocen... Parece como si su solo nombre tuviese un poder mágico..."

En México somos testigos de la verdad que encierran las sentencias del escritor francés; Gabriela fue como un genio tutelar de nuestro país, en donde los niños, las mujeres y los hombres pronunciaban su nombre con reverencia y gratitud.

Ahora que nos sentimos huérfanos de su presencia, esperamos que su influencia se siga ejerciendo en México por los caminos imponderables de su magia bienhechora y providente. Hubo algo de sobrenatural en la personalidad de Gabriela que se elevaba a las alturas del genio, a la vez que sabía vivir con sencillez, en contacto con las gentes humildes.

"Algo falta en el mundo", dice Carlos Pellicer en el primero de sus siete sonetos dedicados a la memoria de Gabriela; con un azoro de niño iluminado, el poeta expresa su desconcierto y su amargura. Los universitarios mexicanos decimos nuestro responso por la pérdida de Gabriela, poseídos de una sensación de bancarrota espiritual, como si nuestra América hubiera disminuído de valor.

PEDRO DE ALBA